**INFORME LISTENING POST CHILE (Enero 2026)**

**Cristóbal Abedrapo, Carolina Weldt, Matías Sanfuentes**

## Introducción

La actividad *Listening Post Chile 2026*, realizada el 6 de enero de 2026 con la participación de 30 personas, se configuró como un espacio de reflexión colectiva orientado a explorar el rol ciudadano desde la experiencia subjetiva. La convocatoria se realizó de manera abierta a través de la plataforma LinkedIn, invitando a participar a personas interesadas en reflexionar colectivamente sobre los desafíos sociales y ciudadanos contemporáneos, con el propósito de conformar un grupo lo más heterogéneo posible. No obstante, el grupo que finalmente asistió presentó ciertas regularidades: predominio de participantes adultos en etapas medias de la vida, con trayectorias formativas de alto nivel educacional y con afinidades profesionales vinculadas al desarrollo de personas, la consultoría, los recursos humanos y el mundo académico-profesional, y mantuvo vínculos directos o indirectos con espacios como la Facultad de Economía y Negocios y programas asociados al ámbito organizacional.

El propósito central del encuentro fue indagar en los goces, sufrimientos y expectativas que emergen al habitar la sociedad chilena contemporánea, enmarcada, a su vez, en un escenario global de profundas transformaciones.

El proceso metodológico se organizó en tres fases sucesivas: una inicial de lluvia de ideas orientada a relevar preocupaciones y miradas personales, un trabajo posterior en grupos pequeños destinado a priorizar los asuntos considerados más significativos y, finalmente, un plenario enfocado en la elaboración de hipótesis interpretativas que permitieran aproximarse a los fenómenos sociales, tanto en su dimensión consciente como en su dimensión inconsciente.

El análisis de los contenidos emergentes se articuló en torno a tres dimensiones analíticas principales. En primer lugar, emergen las tensiones geopolíticas y la percepción de una crisis global, vividas como un escenario de inestabilidad estructural que tensiona las nociones de orden, futuro y pertenencia. En segundo término, se observa una reflexión crítica sobre el rol ciudadano, atravesada por experiencias de despolitización, retraimiento y ambivalencia respecto de las formas tradicionales de participación y compromiso colectivo. Finalmente, se aborda el impacto de las redes sociales y la inteligencia artificial, destacando tanto su potencial de influir en la configuración de la opinión pública como las inquietudes éticas, subjetivas y relacionales que suscita su creciente centralidad.

El presente reporte sistematiza estas reflexiones, ofreciendo una lectura integrada de las tensiones y sentidos que configuran la experiencia ciudadana en el contexto contemporáneo, e incorporando hipótesis interpretativas orientadas a comprender, tanto a nivel consciente como inconsciente, los procesos sociales, afectivos y defensivos que atraviesan a la sociedad y a las organizaciones en un escenario de alta incertidumbre.

## 1. Un orden global en crisis: percepciones de poder, justicia y soberanía

Los y las participantes del Listening Post Chile 2026 elaboran una representación del escenario internacional atravesada por una intensa sensación de crisis estructural del orden sociopolítico global. Esta crisis no se reduce a la ocurrencia de conflictos específicos, sino que se vive como una profunda transformación de las reglas que organizan el poder, la legitimidad y la convivencia entre países y continentes.

El malestar expresado se articula en torno a la percepción de un debilitamiento del marco normativo internacional, en el que nociones como la soberanía, el derecho y la democracia se ven cada vez más tensionadas por dinámicas de fuerza que se imponen por encima de los principios declarados. Los conflictos en Palestina, Siria y Venezuela emergen como escenas paradigmáticas de esta ruptura, condensando la experiencia de que la violencia puede desplegarse sin consecuencias efectivas para quienes la ejercen. En este contexto, el retorno de liderazgos como el de Trump se describe como "terrorífico", lo que deja al ciudadano sintiéndose como un "bicho aplastado" y refuerza la percepción de que el marco normativo internacional simplemente no opera. Se subraya, además, la "carencia de un organismo internacional que pueda ejercer poder para, por ejemplo, impartir justicia".

En este marco, se percibe instalada una crisis de legitimidad del poder político global, en la que las decisiones estratégicas parecen responder más a intereses geopolíticos y económicos que a criterios de justicia o al respeto de los derechos humanos. Esta percepción genera una fractura simbólica entre la ley y la justicia; el orden jurídico internacional se percibe como formalmente existente, pero carente de eficacia ética y política para proteger a las poblaciones afectadas. La referencia a la *"invasión ilegítima de Venezuela"* y a sus consecuencias regionales se articula con la tensión interna que provoca el quiebre de las normas democráticas frente al deseo de libertad de los pueblos, lo que genera visiones contrapuestas o ambivalentes. Se plantea con crudeza: *"¿Vamos a esperar a que maten al último palestino para hacer algo al respecto?".*

Emerge con fuerza la polarización del campo sociopolítico, tanto a nivel internacional como en su proyección local. Los conflictos globales se leen a través de lógicas binarias que simplifican la complejidad política y reducen el espacio para posiciones intermedias, favoreciendo alineamientos rígidos y excluyentes. Esta dinámica se vive como una imposición externa que debilita la deliberación democrática y erosiona la posibilidad de una comprensión matizada de los procesos sociopolíticos. Se percibe que la política global obliga a tomar bandos extremos, eliminando los matices: *"Estás con Maduro o con los gringos, con Kast o con Jara".*

Otra dimensión relevante de esta crisis se vincula con la disputa por los recursos estratégicos y la soberanía, especialmente en el contexto latinoamericano. La región se representa como un territorio vulnerable, expuesto a intereses externos que priorizan el acceso a los recursos naturales por encima de la autodeterminación de los Estados. Esta lectura refleja temores asociados a formas contemporáneas de dominación y de extractivismo. En este sentido, se vincula el escenario geopolítico asociado a Trump y a Venezuela con el interés por el petróleo, el litio y las reservas de agua en Argentina y Chile, lo que genera la inquietud: "¿Estamos más seguros o ellos pueden venir por nuestros recursos?".

En conjunto, estas narrativas configuran una vivencia de inestabilidad sociopolítica permanente, en la que el orden global deja de ofrecer certezas, límites claros ni garantías de

protección. Esta experiencia no sólo da cuenta de una crisis objetiva de las instituciones internacionales, sino también de una crisis simbólica, en la que se erosionan los marcos de sentido que permitían interpretar el conflicto, el poder y la legitimidad. El resultado es un escenario percibido como imprevisible, desigual y cada vez más regido por la lógica de la fuerza, más que por acuerdos compartidos.

**Hipótesis interpretativa 1**

La vivencia de la crisis geopolítica que emerge en el Listening Post puede entenderse no sólo como una evaluación racional del escenario internacional, sino también como la expresión de ansiedades profundas asociadas al debilitamiento, en los últimos años, de los marcos simbólicos que venían organizando la experiencia de orden, límite y legitimidad en el plano global. Este debilitamiento se expresa en la percepción de que la ley y el derecho internacional dejan de cumplir su función contenedora, aquella que —de manera consciente e inconsciente— permite a los ciudadanos experimentar que existe un "alguien" o un "algo" que sostiene límites, regula la violencia y resguarda un mínimo de justicia.

En este contexto, los conflictos en Palestina, Siria y, en particular, Venezuela, operan como escenas paradigmáticas de esta ruptura, condensando la experiencia de que la violencia puede desplegarse sin consecuencias efectivas para quienes la ejercen. La referencia al retorno de liderazgos como el de Trump, descrito como *"terrorífico"*, no alude únicamente a decisiones políticas concretas, sino a lo que simboliza: la normalización del uso arbitrario del poder y la ruptura explícita de acuerdos y códigos que sostenían una ilusión de convivencia internacional regulada. Desde esta perspectiva, estos liderazgos encarnan una falla en la función de contención esperada del poder, lo que intensifica la vivencia de desamparo. La expresión de sentirse como un *"bicho aplastado"* da cuenta de una experiencia subjetiva de pequeñez, impotencia y desprotección frente a fuerzas globales percibidas como incontrolables y carentes de límites.

Esta impotencia exacerba el uso de mecanismos defensivos inconscientes que privilegian refugiarse en el espacio personal y en un pragmatismo que bloquea cualquier posibilidad de pensar y actuar de forma colectiva. Frente al nivel de complejidad de los desafíos que enfrentamos como sociedad y la impotencia que generan, surge como única alternativa abordar lo que parece posible dentro de nuestro radio de acción, en una suerte de "pragmatismo de la vida cotidiana". Esta defensa inconsciente permite la desconexión emocional de los serios problemas colectivos y sociales que enfrentamos; sin embargo, con el costo de coartar cualquier esfuerzo de resistencia y esperanza que pueda operar a través del encuentro con otros.

Así, la polarización emerge como un organizador central de esta vivencia. Los y las participantes describen un escenario en el que la complejidad del conflicto internacional se reduce a oposiciones binarias excluyentes —*"o estás con Trump o estás con Maduro"*—, lo que limita severamente la posibilidad de sostener posiciones intermedias, ambivalentes o reflexivas. Desde una perspectiva socioanalítica, esta polarización puede entenderse como una defensa frente a la incertidumbre y la ansiedad que genera un mundo percibido como imprevisible y sin contención: al simplificar el campo político en bandos opuestos, se intenta restaurar una ilusión de claridad, orientación y control frente a un escenario que amenaza con desbordar las capacidades psíquicas de elaboración.

Esta dinámica defensiva permite, transitoriamente, mitigar la angustia asociada al colapso de las referencias normativas y de los liderazgos contenedores, pero, al mismo tiempo, empobrece el pensamiento, rigidiza las posiciones y reduce el espacio para la deliberación. Así, el escenario geopolítico es experimentado menos como un campo de reflexión y responsabilidad compartida, y más como una arena de fuerzas que se imponen, frente a las cuales el sujeto oscila entre la alineación acrítica y la retirada defensiva.

## 2. Vivencia del rol ciudadano: entre la pasividad, la delegación y la fragmentación del lazo social

En el Listening Post emerge con fuerza una preocupación transversal por el debilitamiento del rol ciudadano, vivido por los y las participantes como una experiencia de pérdida de agencia, de impotencia y de retraimiento de la participación activa en la vida pública. Se comunica reiteradamente una sensación de cansancio, saturación y desorientación ante los asuntos colectivos, acompañada de la percepción de que la acción individual carece de impacto real en un contexto social y político percibido como excesivamente complejo, polarizado y fuera de control. Esta vivencia se articula, en algunos discursos, con una posición pragmática que opera como cierre emocional frente a la incertidumbre, expresada en afirmaciones como: "*al final es lo que hay nomás, uno tiene que seguir con su vida y adaptarse*".

El rol ciudadano se tensiona entre el deseo de incidir y la tendencia a delegar la responsabilidad en otros —líderes políticos, instituciones, expertos o incluso "el sistema"— como una forma de aliviar las ansiedades asociadas a la incertidumbre y al conflicto. Esta delegación no se expresa únicamente como apatía, sino también como una retirada defensiva del espacio público, donde el involucramiento se vive como riesgoso, desgastante o potencialmente dañino para los vínculos interpersonales. En este sentido, la ciudadanía se experimenta menos como un espacio de acción colectiva y más como una carga emocional difícil de sostener.

La polarización política y social intensifica este proceso. Los y las participantes describen un deterioro significativo del diálogo, marcado por lógicas de confrontación binaria, descalificación del otro y cierre a la escucha. En este clima, ejercer el rol ciudadano implica exponerse al conflicto, a la exclusión simbólica o al quiebre relacional, lo que refuerza dinámicas de silencio, autocensura o repliegue. El espacio público se vive como un escenario hostil, donde predomina la lógica del "estar a favor o en contra", lo que dificulta la elaboración de la complejidad y la ambivalencia: *"Hoy parece que no hay matices: o eres Boric o eres Kast. Si no estás en uno de esos polos, no existes".*

A nivel emocional, el grupo experimenta una atmósfera de marcada ambivalencia en torno a experiencias recientes de participación colectiva. Se expresa una nostalgia por el estallido social de 2019 y por los procesos constituyentes posteriores, vividos como momentos de alta implicación ciudadana, de politización del espacio público y de recuperación del sentido de comunidad. Estas experiencias se recuerdan como instancias en las que la ciudadanía se sintió protagonista y con capacidad de incidir en el rumbo del país: *"El estallido fue un despertar; por primera vez sentimos que éramos parte de algo".* Sin embargo, esta rememoración convive con un polo opuesto, igualmente cargado afectivamente, en el que dichos procesos se asocian al desborde, la violencia y la delincuencia. El estallido social

aparece así escindido en la experiencia psíquica colectiva: idealizado como despertar ciudadano y temido como amenaza para el orden social debido a las consecuencias de la violencia. Esta ambivalencia no logra integrarse en un relato elaborado, quedando como una tensión no resuelta que contribuye al retraimiento actual del rol ciudadano.

En este contexto de hostilidad percibida en el espacio social, emerge, de manera más lateral pero significativa, la referencia a la espiritualidad como posible vía de refugio y de elaboración. Para algunos participantes, la espiritualidad aparece como una alternativa frente al desgaste del lazo social y la exposición al conflicto, ofreciendo un repliegue hacia un espacio interno que permite recuperar sentido, calma y coherencia personal. Esta orientación puede funcionar como una retirada defensiva del vínculo con otros, evitando el contacto con la confrontación social; sin embargo, también se reconoce en ella una dimensión potencialmente elaborativa, en la medida en que ciertas prácticas espirituales son vividas como fuentes de contención emocional que habilitan formas de cuidado, compasión y ayuda a otros. La espiritualidad se presenta así de manera ambivalente: como refugio individual ante lo social, percibido como amenazante, y, a la vez, como posible mediación simbólica para tramitar las ansiedades y sostener algún tipo de compromiso con el entorno.

En este marco, emerge con fuerza la preocupación por la seguridad, entendida no sólo en términos materiales o policiales, sino también como una necesidad de orden, previsibilidad y contención frente a un entorno social percibido como frágil e incierto. La demanda de seguridad aparece entrelazada con el debilitamiento del rol ciudadano, en la medida en que la protección del orden se deposita cada vez más en autoridades, expertos o sistemas, lo que desplaza la responsabilidad colectiva por la convivencia democrática.

**Hipótesis interpretativa 2**

Se plantea la hipótesis de que el debilitamiento del rol ciudadano cumpla una función defensiva frente a ansiedades sociales intensas asociadas a la incertidumbre geopolítica, la inseguridad, la crisis de representación y la percepción de un orden social en descomposición. La retirada de la participación activa permitiría evitar el contacto con conflictos no elaborados, los sentimientos de impotencia y el temor a la pérdida de cohesión social.

La ambivalencia en torno al estallido social y a los procesos constituyentes refuerza esta dinámica defensiva. La coexistencia de recuerdos idealizados de participación y esperanza con memorias asociadas al desorden y la delincuencia dificulta la elaboración simbólica de dichas experiencias, dejando a la ciudadanía atrapada entre la añoranza de un protagonismo perdido y el temor a sus consecuencias. En este contexto, delegar responsabilidades en instituciones, liderazgos o dispositivos externos aparece como una solución psíquica que alivia momentáneamente la ansiedad, pero profundiza un círculo de retraimiento, desconfianza e impotencia.

Llama la atención la intensidad y resonancia que tuvo el fenómeno de la espiritualidad al interior del grupo, el cual se desplegó como un antídoto para enfrentar muchos de los problemas que fueron analizados. En este contexto, la espiritualidad adopta múltiples formas y medios que permitirían abordar los desafíos actuales de maneras difíciles de precisar y delimitar con claridad. Por una parte, se le describe como un camino de conexión personal, pero, al mismo tiempo, como un espacio de encuentro con otros. Esta multiplicidad de formas implica que la espiritualidad se transforma para el grupo en un significante vacío sobre el cual

es posible proyectar múltiples experiencias personales que parecen tener un sentido protector. Por este motivo, se plantea la duda de si esta plasticidad del fenómeno podría operar como una defensa frente a la impotencia y la falta de sentido que se experimentan a nivel del rol ciudadano.

Queda abierta la interrogante respecto de si los ciudadanos y ciudadanas podrán reapropiarse de su rol, asumiendo las ansiedades inherentes a la participación democrática y a la convivencia con el conflicto, o si continuará predominando una ciudadanía defensiva, más observante que implicada, que deposita en otros la tarea de sostener un orden social vivido como crecientemente amenazado.

### 3. Redes sociales e inteligencia artificial: desplazamiento de la agencia y externalización de la responsabilidad.

Resulta relevante considerar el papel de las transformaciones contemporáneas en el ecosistema digital y comunicacional. Desde la perspectiva de los y las participantes, el uso de las redes sociales y la inteligencia artificial (IA) se considera uno de los elementos configuradores de la crisis en la experiencia ciudadana actual, lo que amplifica tensiones al propiciar experiencias de polarización, pasividad en el actuar y sentimientos de temor a la deshumanización.

Los y las participantes señalan que los algoritmos que operan en las redes sociales tienden a reforzar las propias ideas, configurando *“burbujas informativas”* que refuerzan creencias previas y radicalizan posiciones, contribuyendo a un empobrecimiento de la posibilidad de relacionarse con la diversidad y la diferencia a partir de una vivencia fragmentada de la realidad social. Los y las participantes se sienten atrapados entre la sobreexposición a información cargada afectivamente y la dificultad para procesarla críticamente, lo que favorece la generación de respuestas impulsivas o, en el polo opuesto, el retraimiento defensivo ante la saturación.

Tras el estallido social y la pandemia, emerge la vivencia de que los espacios de encuentro presenciales han sido progresivamente sustituidos por el contacto virtual, lo que profundiza la división social. La interacción social se estaría dando mayoritariamente en grupos que se identifican con ideas particulares, descritos como poco permeables a perspectivas nuevas o distintas. En este contexto, circular entre grupos o expresar desacuerdos se percibe como riesgoso, ya que expone a etiquetas descalificadoras o ataques personales. La convivencia digital es nombrada reiteradamente como violenta, reducida a *“pelear por WhatsApp”* o al uso de caricaturas, burlas y descalificaciones que erosionan el diálogo y el vínculo social.

El anonimato y la ausencia de corporalidad en los entornos digitales parecen favorecer tanto la exposición como la rápida desconexión ante escenas de sufrimiento extremo. Los y las participantes describen con inquietud la experiencia de *“escrolear”* contenidos que muestran guerras, crisis humanitarias o situaciones de violencia, que producen un impacto inmediato, aunque efímero, que no se traduce en acción. Dichas experiencias parecen evidenciar el desplazamiento desde un rol ciudadano activo hacia uno de espectador pasivo, lo que plantea preguntas que quedan abiertas en el propio relato: *“¿Ese es nuestro rol? ¿Ver y dejar pasar?”.*

En este punto, surge una preocupación por una forma de omisión percibida como socialmente riesgosa. La pasividad del espectador está asociada a una retirada de la responsabilidad y del compromiso con el bienestar colectivo, en tensión con la imagen internalizada de lo que debería ser un ciudadano responsable. Se percibe la emergencia de una incomodidad de índole ética, que no encuentra aún una vía clara de elaboración o respuesta.

La irrupción de la inteligencia artificial intensifica estas preocupaciones y temores. La IA es experimentada como una amenaza a la esencia de lo humano y a la calidad del pensamiento. Se menciona con alarma la sensación de que *"hay más robots que humanos interactuando"* en el espacio digital, lo que suscita interrogantes sobre las formas de comunicación de las futuras generaciones y una vivencia de extrañamiento ante interacciones mediadas por chatbots en lugar de personas. Esta experiencia se describe como violenta, en tanto frustra las expectativas básicas de reconocimiento humano.

Asimismo, se expresa temor ante una posible *"parálisis del pensamiento"* asociada al uso indiscriminado de la IA, e incluso ante un empobrecimiento de las capacidades cognitivas si estas tecnologías no son contenidas y orientadas éticamente desde el liderazgo organizacional. La tecnología aparece entonces no solo como herramienta, sino también como una barrera que cuestiona activamente qué se entiende por *"lo humano".*

Frente a este escenario, percibido como adverso, los y las participantes se orientan a esbozar intentos de respuesta. Por ejemplo, surge la necesidad de formar en *"netiqueta",* entendida como un trato respetuoso y constructivo en los espacios digitales, como parte de la responsabilidad ética del ciudadano en el mundo virtual. Por su parte, la incertidumbre generada por la IA empuja a algunos a buscar una reconexión con dimensiones percibidas como más humanas, en un contexto en el que la espiritualidad se presenta como un camino. Para algunos, aparece como una vía de reconexión con el sentido, la responsabilidad y lo humano frente a la fragmentación, mientras que para otros, es vista como una respuesta insuficiente o evasiva ante los desafíos políticos y sociales. Se debate su carácter individual frente a colectivo y su potencial como base ética para la convivencia y la acción.

En conjunto, redes sociales e inteligencia artificial son percibidas como fuerzas que desplazan el diálogo directo y el encuentro mediante lógicas algorítmicas, configurando una experiencia social en la que quien no se adhiere a los polos dominantes puede llegar a sentirse excluido, como un *"bicho raro"* o incluso *"huérfano"*. Esta vivencia parece dejar abierta la interrogante sobre las condiciones actuales del pensamiento, el vínculo y la acción ciudadana.

**Hipótesis interpretativa 3**

Una posible lectura de las experiencias descritas podría relacionarse con un desplazamiento de la agencia hacia dispositivos tecnológicos investidos de autoridad simbólica. Estos dispositivos —redes sociales, algoritmos, sistemas de IA— parecerían funcionar en la experiencia subjetiva como una instancia que sabe, ordena y anticipa, permitiendo a los sujetos delegar en ella funciones vinculadas al pensar, al decidir y al responder.

Desde esta perspectiva, la transformación del sujeto en "usuario" podría cumplir una función defensiva frente a los altos niveles de complejidad, violencia simbólica y exigencia moral. La

delegación de la agencia podría constituir una solución inconsciente que alivia la ansiedad asociada al acto de tomar posición y asumir las consecuencias.

La pasividad observada en la figura del espectador que consume contenidos, podría operar como una defensa socialmente compartida. La tecnología podría estar siendo utilizada simultáneamente como amortiguador afectivo (permitiendo la exposición al sufrimiento sin avanzar al involucramiento subjetivo) y como contenedor externalizado de la tarea de pensar y discriminar.

Al mismo tiempo, la emergencia de preguntas éticas o de malestar en relación con este modo de funcionamiento ("*¿ese es nuestro rol?"*) podría indicar la presencia de una fisura en esta organización defensiva, que podría sugerir la persistencia de un resto de agencia y responsabilidad que no llega a ser plenamente delegado, manteniendo abierta la pregunta por el lugar del sujeto y por las condiciones de posibilidad de un acto político y colectivo.